



MANDALA

TALLER LITERARIO

Mónica Cavazos
María Guadalupe Garcia Sandoval
Justine Hernández
Angélica Infante
Fernanda Meraz
Laura Renata Monges
Fernanda Tucker

CUENTO * POESÍA * RELATO

NOTA PRELIMINAR

Este 2020 nos cayó a todos como balde de agua fría, nos encerramos en nuestras casas, dejamos de abrazarnos, de encontrarnos, de reunirnos. Aprendimos que podíamos tener video llamadas, video trabajos, video escuelas, conferencias telefónicas e incluso tomar clases de yoga y box por medio de una pantalla. Un virus diminuto nos cambió la vida, a nosotros los magníficos humanos que reinábamos desde nuestro privilegiado lugar.

A los escritores nos vino como a todos, pero también tomamos esta contingencia como oportunidad y buen pretexto para ordenar palabras e ideas. Un poco así, nació MANDALA, el taller literario, que siete mujeres hemos consagrado como un espacio de encuentro para seguir creando desde nuestras trincheras. En este periodo de varios meses, hemos creado poemas, cuentos, ensayos y relatos, todas alrededor de un disparador creativo que nos lleva a cada una a lugares distintos, somos un círculo en el que cada una tiene una visión única del mundo, de su mundo y que comparte mediante sus propios escritos.

La imagen que este año nos representa es de la autora Leonor Bravo, escritora ecuatoriana, con 54 libros publicados, dirige desde hace 13 años talleres de escritura para niños. Es también diseñadora de mandalas y este año, nos ha permitido el uso de esta, titulada Verde Madre, con la cual nos sentimos identificadas y representadas.

Gracias Leonor.

Queremos compartir con ustedes una muestra de nuestro trabajo, de ese pedacito de mundo que nos vibra adentro y que queremos contar.

ESTAS SON NUESTRAS VOCES...

JUSTINE HERNÁNDEZ
ANTOLOGADORA Y TALLERISTA
DICIEMBRE 2020

VERDE MADRE

Respiran tus hijos por tu piel de clorofila
los de dos patas, los de cuatro, los de alas, los de branquias.

Permíteme mecirme entre tus hojas,
déjame ser la más pequeña de tus flores,
envuelve mi cabello en tus enredaderas
pinta de verde mi sangre, déjame correr en tu sonrisa de árbol.

Y cuando llegue mi último día, acógeme amorosa
Para ser yo tu alimento.

LEONOR BRAVO



AGRADECIMIENTOS

GRACIAS MÓNICA

por traer el orden y la palabra bella,

GRACIAS LUPITA

por la tenacidad y fuerza de tu voz,

GRACIAS ANGÉLICA

por tu frescura y vivacidad,

GRACIAS FERNANDA MERAZ,

por la corrección oportuna y la aclaración de ideas,

GRACIAS LAURA

**por tu amoroso recibimiento y por evitarnos lugares
comunes,**

GRACIAS FERNANDA TUCKER

por tu vertiginosa narrativa.

GRACIAS A TODAS

**POR AYUDARME A SOSTENER ESTE CÍRCULO,
POR SER PARTE DE ESTE ESPIRAL
Y POR PERMITIRME ASOMARME A SUS HISTORIAS.**

**JUSTINE HERNÁNDEZ
ANTOLOGADORA Y TALLERISTA
DICIEMBRE 2020**

ÍNDICE

Mónica Cavazos

Espejismo.....	7
Desenlace.....	9
Día final.....	11
No puedo respirar.....	14
Voz de luna.....	15

María Guadalupe Garcia Sandoval

Dichosa ascendencia.....	19
El martes no sabe de miedos.....	21
Formas e imágenes.....	23
Ser no obliga.....	25

Justine Hernández

Apoteosis.....	28
Caer.....	29
Origen.....	30
Tropel.....	31

Angélica Infante

Ensayo.....	33
Caos.....	35
Cuerpo.....	37
Ocho años.....	38

Fernanda Meraz

Grieta.....	40
La vida en domingo.....	41
Maternidades.....	43
Pandemonio.....	45

Laura Renata Monges

Chipichape apasionado.....	47
Déjenme salir.....	49
Lola.....	50
Mujer Ballena.....	51

Fernanda Tucker

El regalo sorpresa.....	53
Explosión.....	54
Nada es imposible para ti.....	55
Ruido Ahogado.....	57

MÓNICA CAVAZOS



ESCRIBO...

Escribo para liberarme del bicho que me habita, ése que con sus patitas escarba y escarba plantando sus semillas que germinan, crecen y echan mano de lo que encuentran, recuerdos festivos, tormentosos, dolorosos, imborrables propios y ajenos, el pequeño ronda y ronda en mi cabeza, me inquieta, me mantiene insomne hasta que al fin logro ahuyentarlo convertido en palabras.



ESPEJISMO

I

Habito ilusionado tu cuerpo. Esperanza azulina de permanecer a tu lado. Exploro el oscuro camino que me lleva a las profundidades. Donde quizás no te encuentre. Donde ese reflejo tuyo, inexacto, se diluya entre mis ansias.

II

Deambulo por los brillantes caminos que conducen a tu sexo. Supero las púrpuras montañas que me guían esperanzado. Deseo florecer sobre tus lomas esmeraldas.

III

Paseo por la colorida superficie de tu vida. Por ese alegre río serpentino que muestras a tu paso. Ninguno se detiene, extasiados con su propia imagen que los ciega y embelesa, nadie observa su reflejo en tus honduras. Yo sí, me asomo curioso, hipnotizado por la imagen multiplicada que me devuelven tus entrañas.

IV

Ese camino en penumbras con que te proteges, el que nadie se atreve a explorar, inútiles, temerosos guardianes de su seguridad vacua, sin imaginar siquiera que al interior, discurre el prometedor río que recorre tus adentros. Me sumerjo, fluyo, descubro tu magia bajo esos lienzos multicolores. Se devela tu cuerpo, tus voluptuosas formas y el aroma incesante de tu sexo.



V

El camino oscuro y pantanoso. Ése que fluye por las negras uñas recortadas a la linde de las gemas que se acoplan a tus labios brunos. Lóbrego conjunto, muro pétreo, inasible, encubre el espectro colorido de tu alma. Poderosa anfitriona invitas al paisaje profundo que habitas, solo cuando se ha aventurado y traspasado, el bosque ciego que florece en tu exterior.

IV

Tu reflejo inexacto se multiplica en tus adentros, se agranda, crece, se ensancha y se desborda; brilla, reverdece, deslumbra y enceguece; amamanta, sostiene, nutre...

V

Ilusos

cobardes, temerosos

Miedo de tu boca

¿los absorbe, los desaparece?

¡No!

Faltos de imaginación

es lo que son.

Ciegos, brutos

tu boca acaricia, besa, saborea

engrandece.



DESENLACE

Doscientos seis guerreros defensores
largas lanzas resistentes
curvos escudos protectores
blanquecinos soldados incansables

Treinta y dos, brillan, deslumbran
separan, muerden, rasgan, blanco higiénico
mastican, muelen, blanco pardo, blanco ámbar
tiritan, castañean, blanco pútrido, pútrido, pútrido

Noventa mil hilos finos
enmarcan tu sol al mundo
trigo brillante, café pardo, pardo plateado
plateado, blanco, blanco, blanco

Diez mil millones de kilómetros
carretera oculta que da vida
rojo pasión, rojo vida, rojo madre
rojo fuerza, rojo muerte, rojo, muerte, muerta

Ochenta y seis mil millones bosque sabio
estrellas diminutas bajo manto rosado
si tu diosa creadora amara las letras
no hubiera elegido el rojo y el verde para estas damas
blanco resplandeciente debía ser su destino
blanco resplandeciente que al final se apaga



Un par de sacos rosados
anverso negro: aspiran, expanden, saturan
reverso pálido: jadean, contraen, expiran
rosa orquídea, rosa palo, rosa asfixia

Dos filtros marrones a tiempo para el café de la mañana
separan, oxigenan, limpian, café suave, café miel
se encogen, se endurecen, café tierra, café piedra
piedra, piedra, piedra

Un puño rojo sangre
bombea, pulsa, empuja
rojo pasión, rojo vida, rojo madre
rojo fuerza, rojo muerte, rojo, muerte, muerta

Una camisa de madera ocre, oscura, ciega
un manto de tierra negra, pesado, denso
decenas de fértiles gusanos grises multiplicados
magnífica creación millonaria, única, excelsa
reducida a una fría cámara, vacía, oscura, vacía



DÍA FINAL

Lees en el diario la columna editorial:

Hace apenas unas horas se reabrió la circulación. La gente apresurada abandona la ciudad bajo una lluvia torrencial y un caos extraordinario.

Fueron meses de encierro. Creían que, si esperaban en casa, resguardados y ocultos al mal que se suscitaba en el exterior, conservarían la salud y saldrían triunfadores.

Pero el virus avanzó implacable y superó barreras. Se introdujo en el agua y entró por las tuberías, se mezcló en el aire y el viento se encargó de esparcirlo, se convirtió en polvo y se impregnó en las ventanas, en los pisos, en las paredes, en las ropas y hasta en los cepillos de dientes.

La ciudad quedó infestada del virus mortal. Las autoridades se dieron por vencidas. Que cada uno busque su destino. Las personas creen que huyendo de esta urbe contaminada encontrarán un lugar aséptico para empezar de nuevo, no reparan en la idea de que ellos mismos llevan consigo la semilla que se esparcirá sin importan a dónde se dirijan.

El ministro de salud, entrevistado esta mañana, afirma "aún no hay cura ni vacuna, tampoco se conocen las secuelas que puede dejar la enfermedad".

Agotada por una larga noche, guardas el periódico, sales del hospital y te diriges a casa. Desde el inicio de la pandemia los turnos cambiaron. Tendrás oportunidad de dormir un par de horas antes de regresar a tu puesto. Los enfermos te necesitan. El cansancio acumulado no hace más que exacerbar tus temores. La gente no comprende la magnitud de la catástrofe.

De los pacientes fallecidos, la joven madre que murió la semana pasada no deja de rondar en tu cabeza, el esposo esperaba afuera del hospital para recibir noticias a pesar del peligro al que se exponía. Los pacientes ingresan a diario, la posibilidad de contagio es alta. Fuiste la última persona con la que habló la joven mujer antes de que la intubaran. Dile que le encargo a mi hijo, que lo proteja, te dijo, con la certeza de que no despertaría. Intentaste entregar el mensaje, nunca más volviste a ver a su esposo.



Dudas si esta noche volverás a soñar con la que se llevó la mitad de tu alma, ocurrió años atrás, cuando nadie imaginaba que podría existir un virus inclemente que azotaría al mundo. Tu hermana Gabriela enfermó y no pudiste hacer nada por ella. Eras apenas una estudiante de medicina. R2 con un largo camino por recorrer. A menudo la sueñas, conversan, se abrazan. Su rostro nítido y sus brazos cálidos confunden tus recuerdos. Es ella quien al escucharte hacer planes te hace notar su partida, y cada vez que esto sucede, se lamenta por lastimar de nuevo a la mitad de corazón que aún conservas.

Caminas bajo la incesante lluvia por la acera de la avenida principal que conduce a las afueras de la ciudad. Las luces de los automóviles confabulan junto con el aguacero que arremete sobre tu cabeza, y te impiden ver más allá de lo que sucede a unos centímetros. Los peatones desesperados pasan a tu lado como si no existieras. Huyen en la misma dirección que los automóviles. Sientes la cercanía de sus cuerpos. Tienes miedo de que te golpeen con los bultos en los que mudan lo que hasta ahora ha significado su vida.

En la avenida, automóviles, motocicletas, autobuses de pasajeros, se siguen uno detrás del otro, con tan poca distancia entre ellos y ajenos a las indicaciones de los semáforos, que esperas ocurra un impacto en cualquier momento. Una bicicleta se sube a la banqueta, el hombre robusto que conduce arremete y con su cuerpo avienta a una anciana que no tuvo tiempo de hacerse a un lado. Tú en cambio, con inexplicable agilidad, alcanzas a esquivarlo. Avanzas hacia dónde se encuentra la anciana, pero una pareja se adelanta a auxiliarla.

Entonces los ves. Dos pequeños de entre tres y cuatro años, un niño y una niña, en medio de los carriles centrales se cubren con las manos del golpeteo de la lluvia y se abrazan asustados.

Te detienes. Intentas caminar hacia ellos, pero los automóviles avanzan sin tregua ignorándolos ante tu mirada atónita. Gritas ilos niños, los niños, los van a atropellar, los niños! Levantas los brazos en señal de auxilio.

Escuchas el silbato del uniformado estoico que, solitario y empapado, parece tan pequeño como los niños a quienes tampoco alcanza a percibir. En una muestra patética de autoridad, intenta organizar a los automovilistas, pero su presencia es tan estéril como tus desesperados chillidos.



Arremetes: ¡los niños! ¡los niños! Tus gritos se ahogan por el estruendo de los cláxones y los motores. No logras explicarte el comportamiento de las personas, es como si el virus invadiera sus oídos dejándolos sordos al clamor de la compasión y el dolor ajeno. Se apoderó también de sus mentes, convirtiéndolos en autómatas que corren desesperados en busca de una cura tan milagrosa como inexistente. La psicosis en la que se encuentran envueltos te sofoca.

Desesperada e inútil te hincas sobre la banqueta, no puedes ayudarlos, en cualquier momento los arrollarán. Escuchas el sonido de una sirena que se acerca. Te levantas. Las luces de la ambulancia se abren camino por el carril de en medio, el mismo donde se resguardan los infantes. En un intento desesperado por salvarlos, te abalanzas sobre los automóviles que te ignoran y siguen su marcha sin siquiera disminuir la velocidad. Fijas tu mirada en la de los choferes. Sus caras furiosas te convencen de lo imposible de tu gesta. La ambulancia se acerca. En un giro milagroso, se inserta en el mínimo espacio que le permite maniobrar a su izquierda, pasando de largo a un lado de esos pequeños y sin percatarse de su existencia.

Sientes la mandíbula tensa. Te tiemblan la cara y las manos. Te falla la respiración. Pierdes la fuerza en las piernas. Te desplomas sobre la banqueta. Lo último que piensas es en aquellos niños en medio del caos, solos e ignorados. Una mano se ofrece a levantarte. Intentas alcanzarla. La distancia que la separa de tus dedos es casi imperceptible, sin embargo, te es imposible superarla. Levantas la cara. Tus ojos confusos se fijan en ese rostro conocido. Es la joven madre, tu paciente en el hospital, la acompaña su esposo. Es la misma pareja que ayudó a la anciana, ésta se encuentra también a su lado. Los tres te observan compasivos. Sus cuerpos se desvanecen. Recuerdas a tu hermana muerta. Te abrazas a ella antes de perderte en la nada.



NO PUEDO RESPIRAR

(In Minneapolis, In nowhere else)

Para todos los George Floyd

No puedo respirar

I can't breath

I can't breath

Tu blanco cuerpo sobre mi cuello

Tu ira roja sobre mi piel

Tu vileza sobre mi alma negra

Alaridos de mi madre:

No puede respirar

He can't breath

He can't breath

Muerte, mi muerte

Negra muerte

Inocente muerte

Bajo tu yugo

Bajo tu cuerpo maldito

Bajo tu voz hipócrita de cantos en la iglesia

No podemos respirar

We can't breath

We can't breath



VOZ DE LUNA

Marilia era una mujer suave. Su voz argentina recordaba la quietud del viento cálido. Su canto acariciaba la brisa con voz de terciopelo. Con pasos ligeros, atravesaba el escenario, como sutil tonada de un piano que hubiera extraviado las teclas de graves.

En medio del tablado se cubría las orejas con las manos al tiempo que cerraba los ojos. Tras un expectante silencio y respondiendo a pulsiones indescriptibles, interpretaba las canciones, agregando armoniosos sonidos desconocidos que parecían emanar de un universo melódico que habitaba su cuerpo.

Los experimentados compositores no acertaban a comprender de donde surgían las mágicas notas que añadía Marilia a sus cantos. Intentaban representar el significado de su voz, horas enteras de absolutos fracasos, noches en vela de mentes convulsas que al amanecer arrojaban pentagramas vacíos.

A sus espaldas no faltaron envidiosos que la acusaron de hechicera. Hubo quien intentó desdeñarla y emparejarla con alguna de las exóticas bailarinas del espectáculo, previo al suyo, que se presentaba en aquel recinto edificado a la linde del peñasco, donde rompían las olas de un plateado mar calmo al que solía acudir Marilia cuando necesitaba compañía. Insensatos pagaban el sacrilegio con creces, algo procuraba que, tras su falta, nunca más escucharan su dulce canto, ajenos a la magia y el placer inexplicable que experimentaban los que tenían el privilegio de escucharla. La providencia o un vetusto conjuro misterioso, velaban por la seguridad y el bienestar de la voz de la solitaria Marilia.

Otros en cambio, veían en ella a una joven soñadora de figura etérea, pálida, y dulce, como la Simonetta de Botticelli. Silenciosa hasta en su modo de andar, la presencia de Marilia parecía confundirse con el viento, su sonoridad solo se hacía presente en compañía de la música.



Durante las noches, contemplaba nostálgica la cúpula estrellada de un cielo apacible y silencioso como ella misma, ataviada con la chalina de hilos ancestrales heredada de Talía, su madre, antes de que Marilia abandonara el pueblo en busca de su propio timbre.

Marilia conquistaba la admiración de todos y el corazón de nadie. Aturdidos y embelesados por su voz, mujeres y hombres acudían y rehuían por igual, su canto no era de este mundo, solo el amo de la noche, el que posee dones que intercambia por oscuros favores, el que por su desobediencia abandonó su lugar en la morada de los dioses, podría haberle concedido tal gracia.

Marilia contaba seis meses cuando Talía, después de una visita al brujo del pueblo, le obsequió un ave que instruyó debía acompañarla siempre. El ave blanca como piedra de luna, contemplaba con tristeza muda a la niña, de cuya alma emanaban acendradas notas desconocidas en seres humanos, y cuyo vibrato estimulaba al más agrio o fufurufo de los hombres.

En el pueblo, la gente atribuía su don al legado de Talía quien, en otros tiempos, colmó con su canto la brisa marina que depositaba su voz en las copas de los árboles, y que cada amanecer, el fresco rocío derramaba ligera sobre sus vidas. Para Marilia esos tiempos eran ajenos, no recordaba el canto que su madre le ofrecía mientras apacible esperaba dentro del vientre. Ella solo se acostumbró a la presencia constante del ave de luna pendiente del zoquete clavado en la frondosa ceiba. Ambos actuaban como vigilantes silenciosos de aquella familia de féminas enigmáticas.

Tras la muerte de Talía, Marilia sentía una grieta en el alma que crecía al paso del tiempo. Las notas sonoras de su voz se tiñeron de un timbre melancólico. Deseaba compañía, vivir la limerencia propia de su juventud. Solo el ave de luna acompañaba sus días, mudo testigo de su existencia vacía.



Una noche, mientras contemplaba la mangata iridiscente que dibujaba la blanca luna llena sobre la mar, cuyas calmas olas tocaban tiernas sus pies descalzos, fijó sus ojos tristes en la blanca superficie de la esfera brillante colgada del cielo, e inició un canto suplicante que cimbraba de pena y desasosiego a las criaturas marinas y los astros nocturnos. En el pueblo, las madres sorprendidas luchan para contener el llanto inconsolable de los niños, que de la nada, despertaron afiebrados por una dolencia repentina e incomprensible. El cielo afligido arroja sobre las aguas, lágrimas desconsoladas y profundos lamentos, que viajan estrepitosos sobre rayos brillantes que se estrellan en la espuma bravía de un mar furioso como leones en jaula. La triste súplica del canto de Marilia, acompañada sin ella saberlo, por el llanto de los niños, se prolonga la noche entera, condenando a los mayores a extenuantes horas de indescriptible pesar.

Al amanecer, Marilia sintió el desfallecer de su voz. Intentó continuar su canto. Se llevó las manos a las orejas. Cerró los ojos. Percibió una penumbra muda dentro de su cuerpo. El silencio la fue alcanzando, mientras el ave blanca alzaba el vuelo y acariciaba el viento con dulces notas de luna que a Marilia le recordaron las sugas, y que distantes, parecían remontarse a una lejana vida que se desdibujaba en el celaje con el que se cubría el manto celeste sobre la marina.

Infame destino encontró Marilia por su límpido corazón que, apesadumbrado por su soledad y la tristeza del ave blanca como piedra de luna, devolvió a ésta la voz, único patrimonio proveído por Talía, quien ajena a este acto equívoco, mantenía en su tumba el alma serena, cual dorado océano plácido en una mañana solariega, mientras Marilia, aterrada, se consumía en un oscuro pozo silencioso y el ave blanca acariciaba el viento con su voz argentina.

MARÍA GUADALUPE GARCÍA SANDOVAL



ESCRIBO...

Para bajar de mis torres de soledad y transitar descalza por el puente de filosas piedras que me llevan de la realidad a la fantasía, del credo al reclamo. Tal vez para encontrar mi propio devenir.



DICHOSA ASCENDENCIA

En otrora el otoño fue amparo de las otras mujeres.
Las brujas, las hueseras, las adivinas
que descuelgan de las horcas a sus hermanas muertas.
Eran las *chamanas sediciosas* que con todo su miedo animal,
bajo el fatuo haz de luz de los astros plata
hilaban para sus hijas eternas lunas de color lila.
Eran hembras revestidas de hierba, campo y sapiencia
que en el silencio de la madrugada,
abrían las rendijas ocultas en los vetustos robles e higueras
protegidos por adefesios guardianes.
De la primera ranura se elevaba una mariposa de alas color violeta,
con su ala diestra les mostraba la bondad curativa de las plantas,
con la siniestra les señalaba el peligro, la maldad
y la mezquindad humana.
De la segunda rendija
brotaba la voz que lleva en su canto ancestral
el lenguaje que esclarece y sana,
y éste les penetraba el cuerpo una a una
como helado aguijón de aguacero *calahuesos*
a todas las hechiceras.
De otra hendedura llegaba como soplo de vida
la sabiduría de la loba
que a las levantiscas (indóciles) les restablecía los antiguos latidos,
que son como aleteos de pájaras.
Por la última quebraja
se asomaban los pechos de la montaña,
para que las brujas bebieran de la fortaleza que de ella nace
y no ha habido poder que la aquiete.



Ellas son nuestras abuelas mariposas y madres lobas,
que no atendieron nunca los mandamientos
de los tragasantos
porque ya habían aprendido lo débil que es el miedo.
Las nanas hechiceras
nos amamantaron con su *dulceamarga* leche roja.
Son las que nos hilaron nuevos caminos a propios destinos.
Nosotras somos el resultado de la entereza
de esas mujeres estigmatizadas, que bajo sus ropajes
de fría neblina ocultaban sus almas encendidas,
cántaras de sabiduría y fortaleza.
De ellas nos viene esta desobediencia al temor.
De ellas,
que nos enseñaron a elevar cada noche este reclamo:
Y llegará el día que andaremos nuestro propio camino,
porque nosotras somos el inicio que comienza en el final.



EL MARTES NO SABE DE MIEDOS

Y se dijeron nos vemos el martes,
era una promesa incierta.
Son de esas relaciones cuestionables,
de fechas sin compromiso
donde la lujuria se escribe sola;
y se logra jorobarle a la vida por un momento
las penas,
es cuando los deberes duermen por unas horas.

Ella con las amigas
discute la culpa del prohibido gozo.
La mujer madura la elogia, la casada la justifica,
allá la que se rasga las vestiduras;
acá ella, ni vacía de murmuraciones,
ni llena de orgullo.
Todas hablan, miden, sentencian.
La mujer en cuestión se pregunta
¿Cuántos universos caben entre un martes y otro?
¿Cuántas pilas bautismales?
¿Cuántas cántaras se rompen de aquí a allá?

¡Y qué hermoso! Cita y tiempo llegan juntos.
Después de siete eternos días,
al paso de siete negros gatos,
detrás de siete madrugadas.

Él pronuncia el nombre de ella
en todas las lenguas,
la toma en todas las formas.
Ella sedienta recibe del amante
su desbocada mar,
y sobre aquellas horas de sincero pecado
juntos vuelan hasta el séptimo cielo.



Porque gracias a las artes pecaminosas
en los días martes
ella se volvía valiente y a eso de *vivir de a de veras*
ya no le tenía miedo.

En aquella habitación con tarifa
revolotearon a ese paraíso que no existe,
dejando dondequiera escrito:

*Fue hace mucho tiempo y fue hoy también
que la bebí como si fuera dulce miel salada.
Y yo la mujer en lucha que me resistía,
pero al ver mi reflejo en sus pupilas me rendí,
y con su embravecido cuerpo hice mi mortaja.*

¡Qué delicia de ligereza!
¿Cuántos años pasaron
en las horas sobre aquella cama?
¿Cuántas cántaras se llenaron,
cuántas se fracturaron?
¿Cuántas madrugadas pasaron
mientras los amantes se llovieron?

Al tiempo le pararon las agujas imaginarias.
Ellos se llenaron las bocas de besos
y enfriando el color de su piel,
después de un nos vemos el próximo martes,
se dijeron adiós.

Los amantes tienen esa gracia,
la de esfumarse por sobre nosotros
que por cobardes no damos día a la pasión,
y al que está cansado de ofrecernos sus ganas
preferimos decirle adiós.



FORMAS E IMÁGENES

Hoy miro más por obligación, así de mal.
En esa imagen todo vale lo mismo pero no es la misma cosa,
he acumulado tanta luz, que me duele la mirada,
es todo ese juego de colores como rara caracola
de malas justificaciones.

No sé si soy yo o es ese abismo que de ella se sostiene,
o este sin sentido tiempo de muerte;
pero, ¿cómo ocultar su lado fatal?
El desafortunado color rubio de la *ojiverde* asesinada,
el desatinado blanco cano de la anciana apuñalada.
Y luego están los abatidos colores de señas particulares:
Es de piel morena, tiene el pelo castaño y la tez blanca,
en la mejilla izquierda lleva una marca café de nacimiento.
Por si le llegan a ver, favor de comunicarse al...
Esta última frase siempre se imprime en color sangre.

Lo mismo imposible que me sería colgarle
a una mosca esta caracola
lo mismo me es tratar de arrancarme
esta maldita desesperanza
que me invade mientras espero a que el semáforo
apague su malintencionado foco rojo.
Pegada a mi ventanilla una pequeña niña
de ojos color cansancio y piel de tono desnutrido
me suplica le compre un chicle
envuelto en papel de coloración vieja y asoleado.
Por la otra, la súplica color avena del niño para que le compre
un miserable manojito de verdolagas.

Hace ya tiempo me di cuenta que los dibujos a colores
me disgustan porque me cuesta verlos,
dicen que existen pero para mí no están, yo no los distingo.
¿Cuál azul cielo? ¿El del alba? ¿El de mediodía?
¿O el de una tarde de suave lluvia?
Que hay una distancia entre el rojo, el naranja y el café.



Maldito si lo veo.
Sé de los colores de las guerras
que le oscurecen el alma al que dejan huérfano.
Sé que cuando se padece hambre,
el matiz de la primavera no es bonito.
será que, no es que no me gusten los colores,
es que a veces no existen.

Sin muchas revelaciones he estado mirando esta caracola,
la cito caracola por darle un nombre.
Porque es más un flujo de colores tan alucinantes
que nos mantienen demasiado ocupados
unos en verdadero gozo, otros tratando de adivinarlos.

En algunos favorecen la imaginación, piensan:
De ahí se derramará abundante comida,
dinero, la eterna juventud, el verdadero amor,
y muchos muchos amantes.
A otros, los cansados, los dolidos, a la rabiosa de mí,
solo nos da para pensar que de ahí emanan
más abandonados con cobijas de colores vagabundos.
Más carne quemada por el fuego de los asesinos.
Grisés súplicas para que los regresen vivos
porque iban vivos cuando nos los arrebataron.
Y una gama de ofertas de trabajo
con sus pequeñas letras que sentencian esclavitud.

No fue nada agradable nuestro encuentro esplendorosa caracola,
ni sabré si entre tus anillos yo fui basura, ruido
o la tonta que te observaba
con mis ojos inútiles en esta cara de cartón.
Nunca lo sabremos ni tú ni yo.
Solo te diré que de este fatigoso andar por tus anillo
me llevo un manojo de extrañas sensaciones
que no llegan ni a nombre alguno.
Y de todos tus tonos me quedo con lo poco,
Con los que no hacen ruido, con los más oscuros.



SER NO OBLIGA

Bajo la certeza de ser hija desheredada
de las lágrimas de lasMagdalenas,
de sus cantos y su compañía de madres.
Escucha el pregón de la hermosa terrenal
que parió cuatro:
*El último de mis hijos venía envuelto en belleza,
él era perfecto
y su llegada fue por ordeno celestial.*

Para la terrenal de hermoso perfil griego y
sentencia en la voz,
ese niño fue *Divino* remedio a sus tristezas.
Ella le cuenta a la humillada:
Que feliz se hubiera quedado con sus dos hijos
su niño sol
su niña luna

Pero llegó el pequeño *su rey*
y que si éste hoy devorara las perlas del mal
y le diera la espalda al del crucifijo,
ella descendería a los infiernos
a ofrecer su hermosa diadema de dolor y llanto
a cambio del alma de su amadísimo hijo.

La niña primogénita
ya se conoce la procesión del canto de su madre.

*Con cuanta alegría me hubiera quedado con ustedes
Mi niño jurhiata, mi niña kúkuti.
Pero para recompensa de mis terribles pesares
llegó la gracia de mi dios, el rey de mi corazón.*



La desterrada toma el canto de la madre
que le recita amorosa a sus otros hijos.
Lo guarda en lo más alto del árbol, Junto al último nido de pájaros;
para que letra y viento se mesan en sus consonancias
y en su peregrinaje árbol abajo
se les alarguen los coros desde el cielo hasta los niños no deseados.

Pobre primogénita
con su llanto en vuelo entre su cruel entorno y el viento,
no hay confusión en el palabrerío de aquel terrible canto,
con el que la bella mujer de esplendorosa cabellera,
agradece al Eterno tres vidas de las cuatro que concibió.

Hay seres que nacen a destiempo, en vientres obligados.
Son seres con relieves humanos,
inútiles hasta para los dioses desahuciados.
Dicen que a esos niños se les fecunda sin el bálsamo materno.
A ella, a la primogénita la alimentaron con lo que sobra,
he intentaron debilitarle el espíritu
descorazonándole su historia.

JUSTINE HERNÁNDEZ



ESCRIBO...

Desde que tengo memoria, por necesidad, porque no he encontrado otra forma de encontrarme, de esconderme y de estar...



APOTEOSIS

El
deseo, fuerza brutal que arrasa con culpas y preguntas
guía las manos y las bocas repetidas
en la batalla corpórea
de la desnudez femenina.

Somos una duplicada
dos ombligos
cuatro bocas
ocho extremidades
cuarenta dedos.

El incontrolable intento de fundirnos
sincroniza las caderas
la respiración y los latidos,
desvanece la frontera de la piel
desafía las leyes de la física
en el fluir intenso y constante
de dos individualidades fusionadas
sin bordes propios,
sin orillas definidas.

Es esta la ceremonia
donde somos canto
deidad virtuosa
implosivas.

No tú, no yo
sino el instante
de saberse dentro del espejo
testigo
contraparte.



CAER

Sobre el puente que conecta
de dónde vengo y a donde voy
estoy atrapada en esta oscuridad sin sentido
estiro unas manos sin dedos,
que buscan lo que sea
algo para asirse, para encontrar a otro...

Soy una bolsa de huesos desacomodada
amorfa
sin sentido
no tengo voz ni cuerdas vocales
nada que decir
soy
un profundo vacío

Este puente está a punto de romperse
¿Qué soy entonces?
un pie no sigue al otro
la incertidumbre me carcome
necesito algo que me sostenga
un eco, un referente, una guía
algo confirme mi existencia.

Este puente va a caerse
¿algo que me sostenga?
¿alguien que quiera detenerme?
¿para qué?

Necesito al menos
alguien... que me vea caer

voy al abismo

desciendo

vertiginosa
y en silencio.



ORIGEN

Busco en los vericuetos de mi memoria
el amanecer de nuestra historia:
la mirada prístina
el timbre de mi voz al nombrarte por vez primera
el contacto primigenio de mis dedos con tu piel.

Hipotéticas historias mil veces contadas
restauran la memoria.
Convierten dudas en certezas
ambigüedades en destinos
al otro, en uno mío
cargado de adjetivos,
de posibilidades,
de anticipados recuerdos.

El origen es inasequible
trapisonda de ideas necias y lapidarias en mi cabeza
nos reconstruyen repetitivamente.
¿Quiénes fuimos los testigos de este amanecer?
¿En que trémulo instante dejamos de ser tu y yo?
Para ser nosotros.

Fatuo instinto de compartirse
de buscarse con vehemencia en el otro
de sanarse a la vera de un reflejo
tan ajeno, como propio.



TROPEL

En mi cuerpo el hacinamiento
el estridente ruido de la calle,
el humo de los autos,
el asfalto ardiente bajo mis pasos
y los insultos como conversación de sobre mesa.

En mi cabeza la palabra no,
la culpa, el miedo, la vergüenza
la suma de todos mis abandonos,
el vacío de todas mis carencias,
víctimas y victimarios en lista de espera.

En mi corazón la ausencia
la añoranza de un mar bermejo
la nostalgia de todos los lunares de tu espalda
mi nombre borrado en tu memoria
y la certeza de no saberte.

Mis demonios no saben de silencios
susurran en mi oído
las voces siempre repetidas
los reclamos, los gritos,
las palabras no dichas
y tu nombre, a modo de bienvenida.

ANGÉLICA INFANTE



ESCRIBO...

Para desarrollar mi creatividad en diferentes formas, porque es una manera de fantasear y vivir otras historias y también porque me ayuda a escapar un poco de la realidad y la rutina.



ENSAYO

Se hizo silencio entre las notas tratando de llegar a los 440 hercios, entre miradas perdidas y manos apresuradas a encontrar las páginas llenas de aletargados sonidos a punto de ser despertados. *"Allegro non molto por favor"* – Levantó ambos brazos en señal de comienzo, sin previo aviso, sin titubear; cierto de que, al menor movimiento de sus manos, al primer sonido de su voz, tendría todas las miradas sobre él, siguiendo cada gesto, cada pulso.

Respiró profundo, y con la mirada fija en su instrumento conformado por veinte personas, comenzó a hacerlo sonar. No logró ni los primeros ocho compases, tuvo que detenerse y comenzar de nuevo. Después de haber dirigido "Las estaciones" por varios años en los festivales barrocos, cada sección de la orquesta parecía tener claro dónde entrar, dónde hacer un piano y dónde un forte; esta ocasión era distinta, algo le hacía sentirse incómodo y extraño, carecía de esa complicidad usual que existía entre él y sus músicos. Si esos dos acordes iniciales no eran bien ejecutados, todo el movimiento estaría incompleto, cojeando; no podía permitirse hacerlo desde el principio, evidenciando que era su vida, la que estaba coja.

Por lo menos deseaba que esto le saliera bien. Había vivido una de las semanas más oscuras de su vida. El adiós, los trámites, la mudanza, la ropa del armario que aún estaba en la cajuela del carro, y encima el concierto, le tenían un poco hartos y distraídos. Su barba descuidada hacía que se le notaran más los años, como si en esos meses se hubiera acelerado el tiempo y de pronto se encontrara diez años más viejo. Eso sí, su camisa estaba impecable, pues si algo hacía bien y hasta disfrutaba mientras escuchaba los conciertos próximos adirigir, era planchar. Hacía esas anticuadas líneas a los pantalones, y por derecho, se había quedado la plancha, fiel y vieja compañera que le había regalado su madre cuando aún era soltero.

Su mirada, sin embargo, estaba un poco perdida, pero lista para dirigir y aferrada a sentir. *"Da capo por favor"*. Esta ocasión, levantó las manos como la primera vez, pero cerró los ojos y respiró aún más profundo. Agitó los brazos para comenzar, sintió un calor de verano, de ese que te cansa, del que quieres huir y buscar la sombra del árbol más cercano. Vio aquel parque donde sucedió la conversación que cambiaría el resto de su vida. Ella tenía la mirada cansada, determinada y fría, sin el brillo que él vio cuando se conocieron. Él tenía los ojos llenos de resignación, como quien entiende que se tiene que terminar un dolor para darle la bienvenida a otro.



Movía sus brazos a medida que pasaban los compases, como la brisa repentina de aquella tarde de verano que mecía las hojas de los árboles, a ese ritmo, *Allegro non molto*, rápido, pero no tanto. Y así, entre el concierto de las hojas mecidas por la brisa, veía su vida moverse, no había tiempo de quedar estático. Después de esa caminata por el parque la vida se le aceleró, pero no tanto. Se le detuvo, pero no tanto.

Y así, sin darse cuenta, concluyó el ensayo del segundo y tercer movimiento. Con los ojos cerrados y el alma vuelta pedazos, hizo una pausa larga, permitiéndose escuchar el eco del acorde final. Volvió a levantar los brazos, listo para el "Otoño". Respiró una vez más, y dijo en tono sereno: *"L'autunno, Allegro, por favor"*, y volvió a cerrar los ojos.



CAOS

Detenerse es esencial. Hacerlo a contra reloj puede ser un lujo, pero es necesario. Tiempo, nadie tiene tiempo, o al menos eso dicen.

En un mundo donde me enseñan a pensar en mí, a sobrevivir, a correr y ganar, mi paso en andante cesa.

En este día nublado, prendo un cigarro y observo al otro. Percibo el melódico e intimidante bullicio, ese que todos oyen, pero nadie escucha; el que nos tiene anestesiados y acostumbrados a lo crudo y bello de su sonido.

Nos han dicho que es desagradable, abrumador, que se siente muy a prisa. Que tienes que huir de él y remediarlo todo. Como si se tratara de meterlo en un frasco y nunca más abrirlo. Que no se puede ni se debe vivir así. A nadie le gusta, sin embargo, no existe sin nosotros. Somos caos.

A esta hora los oficinistas salen a almorzar o a tomar un café y hablar de lo mucho que odian su trabajo, del juego de futbol que vieron en su corto fin de semana o de que ya no aguantan a su jefe. Algunos ríen con falsas sonrisas, otros pretenden que su vida es perfecta. Preguntan cuántas veces vas al gimnasio y si llevas una dieta baja en carbohidratos. Ese delicioso café, acompaña las más superficiales y vanas conversaciones, buscando llenar la expectativa de un extraño. Hablan del clima, de política y de la mala economía, pero nadie habla de su propio caos.

Una pareja va caminado. No han querido soltarse de las manos cuando un poste se les ha interpuesto. Él ha cruzado al lado de ella, quien le mira con ternura complacida con su romántico gesto, y ahora caminan abrazados. Sí, van de prisa; sí, son caos, pero están enamorados.

Hay otra pareja junto al puesto de revistas, discuten. Él ha dicho algo y agitando los brazos ha comenzado a caminar. Ella trata de alcanzarlo y cuando lo logra, se detienen. Conversan más calmados y en silencio, atraviesan el mismo poste, cada uno por su lado, sin rodearlo porque no hay manos que los unan, ni miradas ni abrazos.

Ha caído una gota, dos gotas. He mirado al cielo y he sentido dos más golpeándome la frente, se acelera el ritmo de la otras hasta unirse en un chubasco.



Unos corren a esconderse, los precavidos abren sus paraguas y otros pocos caminan resignados a empaparse. Los restauranteros meten mesas y sillas, el puesto de revistas cierra de prisa.

Yo me quedaré sentada en estos escalones, con un cigarro mojado a medio terminar, sintiendo la danza de las gotas en mi rostro, sintiendo húmedo hasta el último de mis cabellos y viendo escurrir chorritos de mis mangas y mis dedos.

No me he atrevido a jugar en aquel charco, *"ya no estoy en edad, me vería ridícula"*. Como si todos dirigieran sus miradas hacia mí, como si no estuvieran ya ocupados huyendo de este torrente, de este ruido, del sonido de los carros; esquivándose unos a otros, preocupados.

En la acera de enfrente veo un niño frustrado y decepcionado, su madre no le ha dejado jugar en ese mismo charco. De pronto me convertí en la esperanza y redención de la criatura, así que decidí darle una segunda oportunidad al charco. Mientras me acercaba, traté de no hacer tan evidente mis ganas de divertirme como niña pequeña; el niño, alejándose con su madre, me miraba con una mezcla de tristeza, añoranza y hasta envidia, viendo cómo comenzaba mi marcha en el agua.

Me esmeré en encontrarle ritmo a mis pisadas y saltos, fui acelerando, hasta terminar completamente arrítmica, pero libre y feliz.

Detenerse fue necesario. Fue un lujo apreciar el caos. Escuchar esa irrepetible sinfonía de los pasos, los gritos, las conversaciones superficiales, ver a los no enamorados.

La tormenta ha cesado, camino rumbo a casa incorporando mis pasos mojados a este desordenado y complicado mundo. Mañana llegará, y seguirá sonando un nuevo caos.



CUERPO

Soy agua,
Incontenible mar abierto
De día calma, de noche furia

Maleable
inquebrantable
Soy de hierro

Viento
Divino instrumento
Vibro, resueno

De tiempo, revestida
Eternidad en el alma
Ruinas reedificadas

Una llama o un incendio
Huelo a humo
Soy fuego

Memoria
Olvido
A la tierra anclada
En el firmamento el pensamiento



OCHO AÑOS

Liliana se había levantado temprano, no necesitó el despertador, las campanadas de la iglesia se escuchaban como si estuviera durmiendo ahí mismo. No logró dormir más que tres horas. Estaba impaciente y ansiosa por aquella cita que tendría. Pasaba unos días por la ciudad y habían quedado de encontrarse en el café de siempre. Pasaron casi ocho años de su última conversación, y en ese momento ninguno de los dos supo que así sería. Cogió el teléfono y comenzó a escribir un mensaje para cancelarle, pero antes de mandarlo lo borró y dejó el teléfono en la cama.

Se miró al espejo y no podía ver más que esas grandes bolsas en su ojos y las ojeras que evidenciaban esa mala noche. Decidió peinarse por si se atrevía a ir. Miraba el reloj y faltaba menos de una hora. Volvió a coger el teléfono, esta vez pensó en llamarle, sintió cómo se le revolvía el estómago solo de pensar en escuchar su voz, así que no se atrevió y continuó alistándose. ¿Qué podría pasar? Solo era una conversación, un café, quizá un pan, y seguirían con sus vidas, ella regresaría a donde vivía y probablemente pasarían otros años más sin verse.

El lugar estaba cerca, entonces caminó y estando a dos cuadras se detuvo. Pensó en regresarse, pero ya había llegado hasta ahí. Quiso llegar diez minutos antes, así tendría tiempo de arrepentirse e irse antes de que él llegara. Entró y su plan no había funcionado, él ya estaba esperándola. Tenía la mirada cansada, igual que ella. Liliana se preguntaba si le había pasado lo mismo, si estaba tan nervioso como ella y no había podido dormir la noche anterior.

Se abrazaron y sintieron ese calor que no sabían que les había hecho falta aquellos años de ausencia; era como si una pieza del rompecabezas por fin hubiese encajado. Le acomodó la silla, mientras ella se quitaba el abrigo.

- Estoy nervioso – lo confesó.- No pude dormir anoche. No has cambiado nada, el tiempo no ha pasado por ti.
- ¿No has visto mis ojeras? Yo tampoco he podido dormir muy bien. Han sido días ajetreados y hetenido que hacer muchas visitas.
- ¿Visitas? Pensé que habías venido a quedarte.
- No puedo quedarme, solo son algunos días.

La conversación duró cuatro o cinco cafés y entre risas, recuerdos y un poco de reclamos, se despidieron.

- Entonces, ¿te quedas?
- Sabes que no puedo. Me voy el lunes.
- Muy bien, nos vemos el martes.

FERNANDA MERAZ



ESCRIBO...

Para reflexionar y procesar mis vivencias, impresiones y sentimientos;
para encontrar quién soy y reconocer que he sido muchas y siempre una;
para darle a la vida una voz, una visión y una autoría.



GRIETA

Grieta que escupe magma
Un borbotón compacto, saturado
Al momento, ingrávigo se eleva luminoso en dispersión minúscula
Y se torna apacible.
Pulsión de opuestos.

Muralla, te resistes a la grieta obcecada
Petrificada anciana con terror al abismo
En poderoso afán preservas la tiniebla
Cuando bullen en ti vertientes anegadas de plasma iridiscente
¿Qué no quieres teñir de tu espectro el caudal?
No mamarán de ti si te retienes.

En este sumidero, la pared inasible mantiene cautiva
Una masa de rocas que la lame y refulge
Chisporrotea y se fuga un instante, en volandas.

Al elevarse, la diáspora susurra
Oye tú, desolada, mira hacia el infinito
La luz está llegando
En las alas del fuego.



LA VIDA EN DOMINGO

Amalia utiliza la línea uno del metro de la Ciudad de México para dirigirse a su trabajo desde la estación Pantitlán, esa donde sus cientocuarenta mil pasajeros diarios avanzan como una cascada de grava. Al final de su jornada, toma la misma línea de regreso en la estación Tacubaya. Aquí trabaja, en el túnel más profundo de la red, el equivalente a habitar una catacumba.

Cada día, cruza el umbral cochambroso por cincuenta años de mugre acumulada. Transita del espeso hedor a cloaca y fritanga en el aire, hacia la fetidez pegosteosa del sudor, la hiel y el combustible, tres metros bajo tierra. Recorre pasillos y vagones entre embestidas, bullicio y anonimato, para apartarse de la multitud dos horas más tarde, cuando llega a atender la dulcería subterránea.

En el trayecto, cuando tiene la suerte de quedar con la cara hacia la ventana, busca el reflejo del gesto cándido que tuvo hace diez años, antes de que Martín, su marido, se llevara a su hijo, su precioso Rodrigo. Ella se quedó en el cuartucho de azotea que pudo pagar. Se quedó rumiando su culpa y sus estériles intentos por evitar el infortunio. Su marido hizo bien, pensaba, ella fue la inútil aterrada de amamantar a su hijo. No supo acunarlo. Solo quería descansar y dejar de escuchar ese agudo llorido que retumbaba en su cabeza hueca como un coco y, sobre todo, horadaba su estómago como un fierro incandescente. Lo único que la confortó fue imaginar ser una larva dentro de un capullo impenetrable y permaneció en ese estado meses después de quedarse sola.

Martín no regresó por ella. Obnubilada, dudó que él y Rodrigo hubieran existido. En su aislamiento, Amalia se contemplaba al espejo con escalofriante asco, redujo su vida al mínimo elemental de sobrevivencia y se injurió hasta que no le importó la piltrafa impresentable en que se convirtió. Salir del encierro fue involuntario. Se vio echada a la calle en un espectáculo de degradación que extrajo su último hálito de conservación.

Hoy en día, Amalia solo ve la luz del día los domingos. Será por eso su lívida tez de cirio translúcido, como un sudario. Incluso, la palidez desdibuja sus delgados labios y exagera la desproporción con sus inmensos ojos marrón de escasas cejas y pestañas. Tiene el cabello color de trigo empolvado, que suele llevar sujeto en una trenza holgada hasta media espalda. La flacura y sus vestidos de telas ligeras realzan el aire lánguido de su silueta. Entre la multitud de Pantitlán, juega a dejarse llevar en volandas, hasta que alguno de quienes la apretujan se percata y la repele como si tuviese adherida una cucaracha. Quizá es su manera de salir por un momento de esa masa incógnita, violenta y anestesiada.

Todos los días, al llegar a la dulcería a las siete de la mañana, Amalia abre el candado de la cortina metálica que defiende el pequeño local, lo limpia con una toalla húmeda que saca de su bolso y lo guarda junto con la llave en ese bolso que usa cruzado en bandolera. Levanta la cortina, se limpia las manos con la misma toalla y la arroja en el cesto que hay frente al mostrador.



Sujeta la cadena amarilla que impide el acceso al local. Enciende las luces. De una gaveta detrás del mostrador, saca el líquido trapeador, un plumero, un trapo, la cubeta y el mechudo. Sacude el polvo de los dulces con el plumero. Vierte el líquido en la cubeta con agua y con el trapo, limpia el mostrador de vidrio, para mantenerlo tan transparente como si no existiera. Trapea el piso, guarda los enseres en la gaveta y retira la cadena para dar entrada a los clientes.

En todo el día no hace otra cosa más que vender golosinas, leer revistas de curiosidades científicas y sucesos sobrenaturales, y resolver sudokus y crucigramas, por lo que guarda siempre a la mano un viejo diccionario Larousse de la Lengua Española. Se alimenta con lo que cocina en casa los domingos, siempre comida fría, desabrida y frugal. Bebe el agua a pequeños sorbos de una única botella que también lleva de casa para no separarse de la tienda.

A las siete de la tarde baja la cortina a la mitad. Hace su corte de caja que entregará a las siete y media en punto. Mientras la dueña revisa, Amalia acude al baño más cercano para orinar, lavar los instrumentos de limpieza y preparar la cubeta con agua, a un tercio de su capacidad. Cuando regresa, la patrona se va. Amalia guarda los enseres, apaga las luces, termina de cerrar la cortina metálica, coloca el candado, se limpia las manos con una toalla húmeda que desecha en el basurero más próximo y se dirige a abordar el metro a las ocho de la noche. Tardará tres horas más en llegar a casa.

Con su inflexible rutina de asceta ha conseguido amanecer los últimos dos mil días sin expectativas ni añoranzas. Es una autómatas con un aturdimiento que amortigua la angustia y le roba existencia al tiempo. Anestesiada, contempla un mundo que no reconoce su presencia y le permite imaginarse en otras vidas libres de infortunio.

Esta madrugada, la ajetreada ciudad se desquicia por el paro del transporte público de superficie. Hordas embravecidas llegan a Pantitlán. No es divertido el juego de volandas entre una multitud hoy sofocante. La gente se aglomera queriendo avanzar más. Con dificultad, Amalia se orilla, comprime su cuerpo contra el barandal de la escalera que descende al andén y se abraza a la columna del descanso. A su lado, una desesperada madre, avasallada por el gentío, extiende los brazos para entregarle a su pequeño y, vencida, se deja arrastrar por la marea impertérrita hasta el andén. Amalia ve desde arriba cómo la mujer cae entre la insensible marabunta de piernas, que la hace rodar hasta las vías del metro. Se suelta un alboroto de chillidos, alarmas y altavoces que exigen a la masa salir de la estación.

Como si un sexto sentido la alertara, Amalia imagina que cada día fuese domingo. Sabe que entre el bullicio de esa multitud desenfrenada no es nadie. Súbitamente, su escepticismo a la posibilidad de una realidad sin amargura se desvanece y asoma un anhelo tenue, vaporoso. Reconoce la lejana emoción de ser alguien para otro.

A lo lejos, en el desierto andén contrario, divisa a la Amalia que creía perdida, quien anuente sonríe para que ella salga con Rodrigo en los brazos, a vivir en domingo.



MATERNIDADES

Me quemé el antebrazo con el borde de la cacerola y me apresuré a meter la herida en el chorro de agua. Es instintivo buscar el alivio del torrente frío. El ardor amainó en seguida y mi piel pasó del aullido y la convulsión, a una palpitación acompañada.

Pude observar los daños en mi trémula epidermis. Vi una línea arrebolada a lo largo de un trozo de piel que translucía una red de venas azulosas. El trazo iniciaba en el área cercana a la fosa del codo y se adelgazaba al acercarse a la muñeca, como si el artista hubiera levantado el pincel con ademán ágil y delicado.

La cara interna del antebrazo tiene la virtud de prolongar la apariencia acendrada de la juventud. Será por eso que en la herida, vi la huella de un recuerdo lejano que me llegó como un conjunto de fotografías arrojadas sobre el piso. La palpitación también trajo a mi piel una sensación vetusta y sepultada. Era la misma pulsación de mi piel, el mismo trazo que había visto multiplicado en mis muslos y mis brazos, una tarde de celajes rasguñados y reverberación de asfalto deslumbrante, cuando tenía diez años, tal vez doce.

Ahí está Rodrigo, vecino de la infancia, casi hermano, con el brazo levantado frente a mí. Me golpea una y otra vez con un objeto, ¿una reata? El recuerdo no alcanza esa precisión. Solo su cuerpo que chicotea vigoroso, mirada color miel que apuñala y labios en apretada sonrisa de un verdugo. Yo enraizada ante él, magma con nata de orgullo a punto de agrietarse.

Carmen, su mamá, nos trae al parque a los cinco niños que pasamos juntos casi todas las tardes: Rodrigo y su hermana, mis dos hermanos y yo. Sentada en una banca frente a nosotros, con una mirada derretida que termina por cuajarse en mí, contempla los golpes que me asesta su hijo una y otra vez, creo que los cuenta. Tal vez ella espera que yo rompa en llanto y clame que se detenga. Los demás observan expectantes dando aislados chillidos que acompañan el silbido del arma, a veces como ofidios, otras como gaviotas.

Rodrigo no quiere que se rindan mis ojos altaneros, que alimentan la vergüenza y el rencor contra su madre. Es Carmen, quien con una frase nasal que se unta en el adoquín, le pide que pare, que ya me deje en paz. Fatuo, Rodrigo depone su arma. Mi piel ardiente parece que se rasga con cada pulsación, pero no, nada de lo que siento es visible, si acaso los trazos encarnados del látigo. No lloro, no me sobo. Con estupor, observo la idiota mueca que me dirige Carmen. No les pido consuelo. En silencio regresamos a casa.



El parque es una glorieta amplia, con una fuente siempre cantarina y vericuetes que corren entre macizos formados por arbustos y árboles frondosos, a cuya sombra entremueren las flores; un imbricado de verdes tonalidades. Tenemos prohibido cruzar solos la avenida que rodea el parque, pero Carmen nos lleva, aun cuando en ocasiones, perfumada de anís, hay que recordarle el camino. Mi mamá permanece en casa, ofuscada o ilusa, nunca lo supe. De regreso del parque, Carmen suele descansar en su casa, en tanto que en la nuestra, el hastío de mi madre nos sirve la merienda. También, los días que Carmen duerme hasta el atardecer, la comida para los cinco niños se sirve en mi casa. Crecimos juntos.

No le conté a mi mamá lo ocurrido en el parque, sané mi piel con pomada en las piernas y los brazos. Al día siguiente, ya no estaban las huellas de mi vehemencia, pero a partir de entonces se me cortaba el aire al cruzarme con Carmen.

En el álbum familiar, hay una fotografía de mis hermanos y yo en una banca de ese parque, en el que jugamos incontables veces, pero solo conservo en mi memoria aquel momento de rabia y orfandad compartidas.



PANDEMONIO

"Matrimonio. Del latín *matrimonium*. Unión de dos personas, concertada mediante ciertos ritos o formalidades legales, para establecer y mantener una comunidad de vida e intereses." ¿Cómo no entendí esta definición antes? Aséptica, sin distorsiones. Pero no, no me lo quise cuestionar, lo único indispensable fue dejar mi casa familiar sin recriminaciones ni daños colaterales. Complací a mi mamá y ella se sintió orgullosa de su confiable hija, la que nunca le dio problemas. Pude cubrir dos necesidades de supervivencia elemental, alejarme de ella y hacerla feliz. Alberto le caía bien, decía que estaba guapo, y a mí él me hacía reír con sus niñerías. Me enamoré de sus cálidas manos de dedos perfectos, como esculpidos, su carisma para hacer amigos en todos lados, sus piernas torneadas y velludas, también de su pene grande, blanco y circuncidado flácido o erecto no he visto otro que me parezca hermoso .

Alberto siempre olía a una profunda frescura, como una mezcla de limón con canela, aunque con el tiempo su aliento se hizo acre. Él quería hijos, yo no. Le gustaban las baladas cursis, yo envidiaba la facilidad con que podía tocarlas con la guitarra tan solo por haberlas oído un par de veces. Mi música la escuchaba cuando él no estaba para que no me ensombrecieran sus burlas. Aprendí a bailar y llorar sola. Me pedía que eligiera la película o las vacaciones pero siempre fueron las que a él le gustaran, aunque no lo expresara, yo sabía que mis gustos eran tan densos y aburridos como mis amigos. Inmersa en la autoficción, practiqué la autocensura a ultranza. "Si no hubieras hablado de separarnos, yo habría seguido contigo hasta morir de viejo y darme cuenta de lo infeliz que había sido", eso me dijo y me quebró. Creía en el matrimonio como un vínculo a perpetuidad, más allá de la muerte, más allá de la carne, el sudor, el aliento, el calor de su cuerpo junto al mío, pegado al mío, encima del mío, adentro del mío.

Pero hay un tiempo y una condición: sin vida en común, sin intereses comunes, fenece el *matrimonium*.

Era todo mentira. Aquélla que fui vivió enmascarada, temerosa del pájaro que aleteaba en su pecho con anhelos de otras vidas, ser Amelia Earhart, María Curie, puta o yonqui. Esa mujer reventó cuando se convenció que el fuego era la única salida y soltó la colilla en la alfombra. Tuvo que devastar todo para fugarse a ser otra.

Matrimonium pandemonium.

"Pandemonium. Capital imaginaria de los ángeles caídos."

Somos ángeles en caída libre que en el descenso contorsionamos y nos estiramos para seguir tomados de las manos o los cabellos mientras nos rasguñamos o nos besamos, nos abrazamos y repudiamos, nos asqueamos y deseamos. Alternancia perpetua. Una batalla permanente contra natura tras el espejismo de la unión duradera.

LAURA RENATA MONGES



ESCRIBO...

Para expresarme, para conectarme con los otros y conmigo misma, para compartir y darle voz a mi historia, a mi presente y a lo que imagino y quiero.



CHIPICHAPE APASIONADO

No me lo merezco.

Estoy segura de que todo es producto de una cuchufleta o una adivinanza. Si es lo primero, serás mi cómplice para ver cómo me desquito, pero si es lo segundo, más te vale que saques a relucir ese cerebro albero que tanto presumes.

Te cuento. Estaba por amanecer cuando decidí meterme a bañar y empezar el día con todo el ánimo. Tallé mi cuerpo minuciosamente para quitar la mugre de los días anteriores, me sequé con una toalla enorme contoneando mis caderas y me miré al espejo. Mi rostro estaba cubierto por ese tono de arrebol que hace que me sienta especialmente bella.

Fui a mi clóset y elegí una falda azul verdosa, una blusa blanca, mis sandalias color carne y mi chalina tornasolada, esa hecha de capichola que brilla cuando le pegan los rayos del sol. ¡Me sentía divina! Y así, flotando entre las nubes como bruja en escoba, me fui directito a ver al chamán, tenía un montón de cosas fatuas que necesitaban encontrar tierra, claridad, pues sentía que lo que estaba viviendo era inefable.

En el camino iba canturreando falsetes pizpiretamente, como gallina clueca a punto de poner. No presentía lo que sucedería después...

Al llegar a la casa del chamán, me recorrió un escalofrío extraño, una morondanga de pensamientos sin sentido comenzaron a ocupar mi mente, bien nefibata. Estoy segura de que pensarás que estoy bien orate con lo que te contaré a continuación, pero te juro que es verdad, tienes que creerme.

No bien crucé la puerta, imecachis! en el techo comenzó a girar una bola de espejos de esas que ponían en las discos. En el centro de la sala, la esposa del chamán que es bien tragasantos danzaba encima de los sillones con una tanguita diminuta con estoperoles y brillos como una bataclana de barrio bajo.

Más allá, en el comedor, encima de la mesa de cristal estaba un señor bocabajo pegando unos alaridos porque un sobador bien zoquete lo tenía echo un nudo humano: una pierna por acá, la mano torcida por allá, la cabeza tensa mirando a un costado del brazo, la otra pata doblada por debajo del estómago..., y alrededor de ellos una decena de personas fufurufas en trapisonda, alentando al sobador a que lo anudara más.

.



No creas que estaba caminando. Todo lo que miré lo hice desde la vera, sin moverme. Como si mis ojos fueran una mangata que alumbraba más allá del horizonte y tuviera ese súper poder de ver sin ir hacia lo visto. Estaba tratando de enfocar, cuando iserindipia!, me topé con el chamán. De súbito, mi cuerpo trémulo comenzó a vibrar más fuerte, mi corazón latía como si fuera a explotar y mi respiración se agitaba vehementemente.

Me sentí entremorir con solo mirarlo, en total y absoluta limerencia. Cualquier cosa que me hubiera pedido, incluso que hiciera fajina, lo hubiera hecho sin chistar. ¿Te imaginas? Afortunadamente no me quedé a comprobarlo, gracias a todos los dioses, un mequetrefe pasó y me dio buen chipichape que hizo regresar mi conciencia y salí corriendo sin parar de regreso a casa.

¿Puedes ver ahora mi dilema? Si es una cuchufleta, alguien debería pagar por ello, pues me ha provocado insomnio desde hace varios días. ¿Quién querría hacerme sentir así? Pero, si es una adivinanza, aquí es donde necesito de tu cerebro para entender por qué yo, de la nada, me perdería apasionadamente de amor por un hombre sin dientes, sin libido y casado.



DÉJENME SALIR

¡Cállense!

Qué no ven que nuestros oídos están a punto de reventar y no hay forma de escucharnos unos a otros, porque la distancia que nos separa del silencio es abismal.

¡Deténganse!

No se dan cuenta que dan vueltas y vueltas en el mismo lugar sin saber a dónde ir, sin propósito ni beneficio; porque han convertido el parar en sinónimo de debilidad.

¡Shhhhh!

Guarden silencio, paren, mírense. Que nadie les ha pedido que llenen los vacíos, los necesitamos, que estar vacío da oportunidad de dejar ir lo que no queremos cargar más y estar abiertos a lo que vendrá.

¡Cierren la boca!

No ven que matan al silencio y que sin su compañía no tenemos forma de mirarnos, de permitir que nuestros sentidos nos guíen, de confiar en nuestro instinto y vivir.

¡Basta!

No tiene caso estar tan alejados de nosotros mismos y del corazón de los demás.

Por favor, abran la puerta, idéjeme salir!



LOLA

De un salto trepa hasta la ventana. Su curiosidad es infinita como ágiles son sus patas traseras para trepar casi cualquier cosa que se proponga: ventanas, columnas, escaleras, clósets o cortinas de baño -con esta última, estoy segura, tiene un amor platónico-.

Llegó a mi vida en la pandemia, envuelta en un pañal de figuritas en tono pastel a la entrada del Walmart Toreo: ¡Mire que linda está!, me comentó la mujer que la daba en adopción, -por favor quiérala mucho- y me extendió una canasta con una bola de pelos negros, cafés y amarillos y un ligero maullido de miedo combinado con hambre.

Y así llegamos a casa. Ella mirándome por horas, tratando de encontrar mis bigotes y ese olor que hasta hace pocos meses le había sido familiar. Yo, tratando de explicarle por qué la habían separado tan chiquita de su mamá y convenciéndola que conmigo estaría segura.

Adaptarnos tomó tiempo, como todo lo que merece la pena probar en esta vida. Al principio le tenía miedo porque la sentía frágil. Sin embargo, poco a poco me fue enseñando que la frágil era yo, que no dejaba de perseguirla en un afán de protegerla, sin permitirle aprender por su cuenta y confiar en su maravilloso instinto de vida.

Así, nos fuimos conociendo los pasos, los hábitos, las manías y los descansos tejiendo nuestra propia red de cuidados y lenguaje.

Siete meses y decenas de momentos han pasado ya desde ese primer encuentro. Cambio de croquetas y de alimentos húmedos, algunos pisotones y rasguños, una cirugía con todo y sus cuidados, varias moscas muertas ofrecidas como regalo, angustiosos sustos -porque sé que dentro de ese peludo ser existe un Houdini de cuatro patas en busca de libertad para conocer mundo, muchos baños de su parte, besos y arrumacos, juegos y escondidas.

¡Lolaaaaaaa!, le grito y miro como pega su oreja a la puerta, agazapada, moviendo su caderita a punto de brincar. Yo, por supuesto, hago como que no la miro y me le paseo por delante dejando que el ataque suceda: ¡Zaz!, salta con esas patas largas que la hacen llegar a cualquier lado e irremediablemente ya me tiene atrapada.



MUJER BALLENA

Y es el mar que la hace flotar
y la arrulla susurrándole que todo estará en calma,
tranquilo, en paz.
El que la lleva de un lado a otro, sosteniéndola, dándole piso,
confirmándole que puede confiar y soltarse,
nadar.

Y se mira como una gran ballena, fuerte, lisa, imparable...
Respira al compás de sus movimientos, de sus saltos
que rompen la corriente que intenta jalarla de regreso,
y se abre camino, hundiéndose, tomando impulso para brincar otra vez.
Sigue respirando.

Porque así es ella, una mujer-ballena,
un mamífero que surca los mares como se le van presentando,
una mujer que respira y se sumerge hacia su interior para tomar fuerzas
y salir al mundo desde su centro para continuar su travesía.

Y no solo respira por respirar, lo hace para llenarse de energía,
para tomar fuerza y sentirse viva,
porque sabe que el camino, aunque incierto, será largo y tal vez sinuoso,
pero se sabe valiente, impetuosa y vibrante.

Sí, una mujer ballena cuyo océano la protege,
pero también le da la libertad de ir a donde quiera,
perderse en las profundidades donde no hay piso ni techo,
ni atrás ni adelante, ni rápido ni lento... solo su propio ritmo.

Sí, una mujer ballena que ama nadar en sus profundidades y dar vueltas,
que ama explorar el sinfín de posibilidades
que le dan el recorrer millones de kilómetros,
que juega con los otros, los cuida y los mira;
que juega con ella, se cuida y se mira.

FERNANDA TUCKER



ESCRIBO...

Para amar y crear.



EL REGALO SORPRESA

Supe que el amor había llegado a mi vida cuando vi la luz que salía de mi cuerpo. Reflejada en la mirada más profunda que retardaba el (mi) tiempo: al fin descubrí cómo disfrutar de la prisa en el presente.

Deliberé que la energía, en realidad es una forma material y no abstracta como me enseñaron en la escuela. Que es como un regalo sorpresa enviado desde el lugar más lejano en el universo.

Imaginé que el amor vivía en el corazón y que el corazón era ese regalo que llegó a mi puerta por correo. Fue muy claro y no quiero confundirles, la energía es lo invisible del amor que vive en el corazón, pero también se materializa como el humo que sale de la fogata con el fuego ardiendo.

Lo imagino como una Matroska, que a su vez viaja en una caja envuelta con papel periódico, un cordón como hilo de mecate al rededor, mi nombre escrito en tinta china y el timbre postal de aquél lugar espacial de otra galaxia (si, el lugar más lejano posible del universo), que además no indica el remitente.

Ese amor ya no era el de fantasía que construí como una salida de emergencia y un salvavidas en mi niñez, al conocer la intimidad de los adultos rotos que me rodeaban. Sino que ahora es el sentido de la belleza en lo infinito de lo efímero: la ternura de la piel chinita; el amanecer en el mar; la poesía de los labios esperando el beso apasionado sin final.

La sorpresa fue que era yo; ese regalo en el paquete desde la galaxia más lejana, construido en un corazón que materializaba la energía y hechizaba al alba.



EXPLOSIÓN

Posaba las manos en tu virtud,
Caliente venía el amor a mi piel.
Pronto era que necesitada tus labios...
conocer los sonidos de tu placer.

No importa, te dije, la satisfacción del deseo
Ven, conozcamos lo húmedo de nuestros sueños.
Compartir la luna o el epicentro de los besos
Beber en tu ombligo, terminar al amanecer.

Embriagada estoy, tranquila y en paz.
Caminando voy, contigo en mi corazón.
Ofrezco mi edad y tributo de amor.
Lleguemos a lo más y durmamos sin son.

Aquí estaré, cumplirás tus misterios.
Llegarás a mí y conocerás tus miedos.
Posando otra vez, tu virtud en mis manos,
Conociendo el gemido de mi placer.



NADA ES IMPOSIBLE PARA TI

Jacinta despertó exaltada esa mañana. Se sentía desconcertada porque la alarma que normalmente funcionaba en su reloj interior, llegó tarde a su rutina coloquial. No era un día especialmente importante; no esperaba nada de él ni tampoco tenía planes o un horario específico qué cumplir.

No era el día de su boda ni tampoco esperaba la visita de sus tías consentidas. No iría a comprar ropa nueva y no había planes para cocinar la comida favorita de su papá.

Nadie sabía porqué, pero esa madrugada los pájaros del pueblo despertaron tarde. Jacinta atribuye quedarse dormida y sentirse atolondrada, a que las aves se despidieron de su usanza natural al amanecer.

Sintió entre las prisas de su acicalado personal, el peso que era tener que administrar el negocio familiar como una tradición y obligación. Una panadería fundada por su bisabuelo, quién inmortalizó el pan de yema, las conchas y los churros más ricos del pueblo. Y recordó que media hora antes de abrir al público en general, ella requería entregar sola, los pedidos especiales de repostería a su lista de clientes frecuentes. Se sintió desanimada.

De improviso, dio un salto, al inesperado (pero bien sabido por los dioses) destino y tuvo una idea que aceleró el ritmo de su corazón. Se imaginó cómo sería huir con la mujer misteriosa y desconocida que en varias ocasiones le miraba durante la apertura matutina del negocio, desde la esquina contraria a la panadería. Esta añoranza le mantuvo de pronto, la zona de su entrepierna húmeda y no se podía explicar la sensación de vértigo en el estómago y de cosquillas en la piel.

Sin duda la presencia de esa joven intrigaba a Jacinta, quien se sentía electrificada desde la punta de los pies hasta la raíz del cabello, cuando recordaba la mirada seductora, enigmática e incomprensible de los ojos miel de la extraña mujer. La joven apenas tenía veinticuatro años y era la heredera de la única confitería decente que con recetas hechas de ingredientes naturales y a precios accesibles, cautivaba al pueblo.

La madre de Jacinta murió cuando la dio a luz y nadie le había hablado sobre el amor. Horas más tarde al momento de las reflexiones y deseos antes narrados, habría de conocer el significado de su valor: La joven de ojos miel, conocida como María, cumpliría la añoranza de huir juntas.



Años después de ese momento, la gente aun recuerda cómo las dos mujeres, sin pudor alguno, se besaron después de que Jacinta confrontó a María en la famosa (y bautizada desde ese entonces como la) "esquina del beso de pan dulce": Oye! Cómo te llamas? Quién eres? por qué me vigilas de esa manera? Me vas a robar? Quién te manda?

Se dice que sin emitir palabra, María solo la tomó de las manos, la miró a los ojos para después besarla y le entregó algunas joyas (que después se supo había robado a su madre adinerada), para que Jacinta se dejara besar, ser tomada y comenzaran ambas a correr al infinito.

La realidad es que era todo mentira: en la posteridad de la juventud de Jacinta, fue que al despertar de un coma, ella contaba esa historia a sus nietos. Desconocidos para ella, quienes amablemente la cuidaban y escuchaban, sin siquiera pensar en corregir tales artilugios. Jacinta, ahora más vieja, con amnesia causada por el coma y sin mujer a su lado, simplemente platicaba este cuento, como si en su fantasía fuera lo único que atesorara.

La verdad es que a sus quince años la hicieron casar con el terrateniente del pueblo donde nació. Sus nietos, han sido un regalo, producto, que surgió del único mal amor encarnado que conoció, con ese terrateniente cuarentón, que la ganó, ya que ofreció el mejor dote a los pobres padres que solo conocían y vivían del campo.

El relato de pasión, únicamente sucedió entre los vacíos de los sueños lúcidos de Jacinta, que de la lucha entre la vida y la muerte, emanó, el conocer a su único y verdadero amor.



RUIDO AHOGADO

Cómo saber qué es lo correcto
en el ruido del silencio de tus pensamientos.
Callando el sonido de tus éxitos
en el mar aciago de tus miedos.

Es que no importa el grito de tu existencia
porque ya eres perfecta en tu realidad.
Bailas pidiendo e instas y ofreces e inhalas
y se conoce al fin, el regalo de tus excesos.

Dónde poner los regalos de tus intentos.
Creando chispas, caminos directos a tu rendición.
Cansado de correr, de exigir,
de saber y volver a perder.

Cambia tus lágrimas públicas
por éxitos callados en tu intimidad.
El murmullo violento de la prisa está derrotado
y ya espera tu redención.

Cuándo saber que no importan los límites,
que caminos y mundos se van construyendo a pesar de ti.
Contigo también, es aquello que brilla y que sueña,
que se apaga sin saber que triunfaste al llegar al amanecer.

Ofrece el sigilo de tu alma que explota
al escuchar las opciones que la vida te ofrece.
Porque algún día podrás recordar,
que sobreviviste al ruido violento de aquella ciudad.



MANDALA

TALLER LITERARIO



Mandala Taller Literario Antología 2020 by Mónica Cavazos, María Guadalupe García Sandoval, Justine Hernández, Angélica Infante, Fernanda Meraz, Laura Renata Monges, Fernanda Tucker is licensed under Attribution 4.0 International. To view a copy of this license, visit <http://creativecommons.org/licenses/by/4.0/>

CUENTO * POESÍA * RELATO